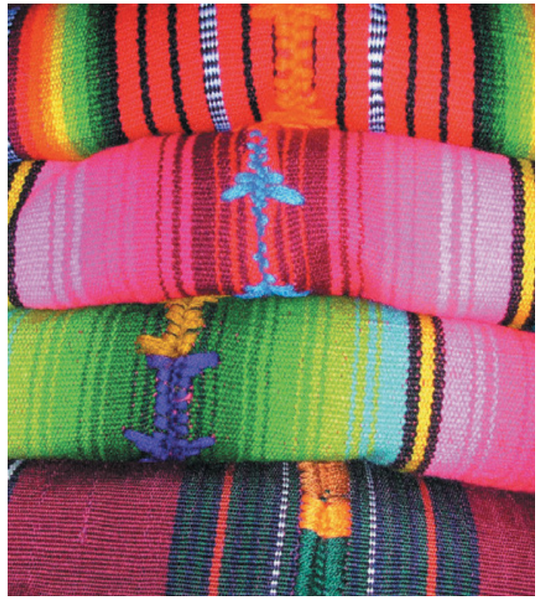
- VIAJES -

AZUL SOBRE AZUL

BAJO EL CIELO –JUNTO AL LAGO– TRES VOLCANES. AL MARGEN, DIEZ POBLADOS. CADA UNO, UN SANTO. SIEMPRE PUNTUAL, SIEMPRE AL MEDIODÍA, LOS REMOLINOS SE FORMAN, EL AGUA SE AGITA: ES EL XOCOMIL, VIENTO QUE –CUENTAN QUIENES VIVEN A LAS ORILLAS DEL LAGO DE ATITLÁN–, DÍA A DÍA RECOGE SUS PECADOS.

— **Mónica Isabel Pérez**

— Foto: Cortesía Laguna Lodge.



En el sentido del reloj: 1. Palapa típica de las orillas del lago de Atitlán, 2. Textiles tradicionales del mercado de artesanías de Panajachel. Fotos: Mauricio Acevedo, 3. Indígenas vendiendo flores frente a la iglesia El Calvario en Chichicastenango, ciudad famosa por su mercado de artesanías (se encuentra a 90 minutos de Atitlán). Foto: Stefano Ember para Shutterstock.

Parece que no hay límites. Es como si el cielo, los volcanes y el lago fueran todo una misma cosa —quizá lo son— porque hay azul por todos lados... y en los rincones en los que este color no domina, que son las orillas donde se asientan los diez poblados que rodean el lago de Atitlán —que en náhuatl significa "entre las aguas"—, hay verde y rosa y rojo y naranja y amarillo, todos encendidos en las flores que adornan las entradas de las casas y que los artesanos llevan en sus ropas y en los textiles y collares maravillosos que tejen todos los días para luego venderlos en la avenida Santander, ubicada en el pueblo más grande —que más bien es ciudad— llamado San Francisco Panajachel.

Todos los días en "Pana", que es como los locales llaman a este municipio del departamento guatemalteco de Sololá, hay agitación: ya son los vendedores pregonando descuentos en su mercancía, o los guías de turistas que anuncian las salidas de las lanchas que recorren las orillas del lago para que los visitantes puedan tener idea de su grandeza. Todo es ruido y color hasta que se llega al muelle y entonces, de nuevo, del impacto que causa el paisaje a la vista, todo vuelve a ser azul y todo se hace silencio.

ANTES DE TODO, EL CAMINO

Hubo un tiempo en el que los caminos eran agrestes y el trayecto parecía durar una eternidad. Lo sé porque lo viví, porque no se ha ido de mis recuerdos la imagen del pequeño camino de tierra trazado entre árboles y barrancas por el que pasaba —con la cuestionable seguridad de quienes presumen conocer un camino de memoria— el autobús en el que viajaba. No puedo decir que haya sido terrible, quizá porque si cierro los ojos aún puedo ver lo que —después de las náuseas y el vértigo— me pareció un premio maravilloso: tres volcanes de más de tres mil metros de altura cada uno, como flotando sobre un espejo de agua. La reconciliación con el camino fue tan inmediata que me prometí volver.

Por fortuna para quienes quieran emprender el viaje ahora, las cosas son mucho más sencillas: la carretera Panamericana es toda paz y el tiempo máximo que dura el trayecto desde la capital de Guatemala hasta "la joya de Sololá" es de dos horas y media, que pasan volando gracias a la vista de las montañas y a los pequeños establecimientos que aparecen en medio de la nada y donde siempre puede conseguirse un buen café. Además existe otro beneficio, uno coyuntural: con Brasil en la mira —debido a la Copa FIFA 2014 y a los Juegos olímpicos de 2016—, los viajeros han comenzado a poner cada vez más atención a Latinoamérica. Esto no sólo ha beneficiado a los vecinos inmediatos de los brasileños, sino a prácticamente todos los países del continente. Tomando eso en cuenta y siendo uno de los que mayor infraestructura turística presentan en Centroamérica, Guatemala no sólo ha mejorado en términos de accesibilidad, también ha comenzado a invertir en su emergente y prometedora oferta de lujo.

ENTONCES ME DETENGO, LOS MIRO, MIRO TODO: DURANTE LOS VIAJES HAY ERRORES MUY BELLOS. ESTE, POR EJEMPLO, ME PERMITE PRESENCIAR LA FUERZA DEL LAGO, ADMIRARLO Y TEMERLE AL MISMO TIEMPO, ME REGALA EL LUJO DE ASOMBRARME ANTES DE POR FIN DEJARME PISAR "TIERRA FIRME".

UN PARAÍSO DENTRO DE OTRO

Puede leerse sencillo: 10 pueblos se sitúan alrededor de un lago. Y entonces uno piensa que puede caminar de un pobladito a otro con toda tranquilidad, pero no es así. Lo descubro gracias a un error que me obliga a caminar 40 minutos desde la entrada de Santa Cruz La Laguna a uno de sus límites, donde se encuentra el eco-resort Laguna Lodge.

Parece que me he sometido a mi misma a una carrera en campo traviesa: primero un caminito de piedra, luego un pequeño puente, después otro, tambaleante; luego un peñasco. Piso con cuidado las rocas menos afiladas que encuentro mientras miro, a mi derecha, cómo el lago golpea con fuerza en la orilla. Es mediodía y no sólo el sol está haciendo de las suyas: es la hora del xocomil, un viento fuerte que levanta el agua y que, a decir de los habitantes y de su propio nombre —en cakchiquel *xocom* significa recoger e *il*, pecados— aparece cada día para llevarse todo pecado que se haya cometido. Espero, mientras lo padezco, que a los extranjeros también nos quite pesos de encima.

La ruta es escarpada, pero mientras yo la sufro por inexperta puedo ver como un grupo de personas hace evidente su familiaridad con el camino: saltan de una piedra a otra sin problema, suben, bajan y apresuran el paso sin el menor esfuerzo. Entonces me detengo, los miro, miro todo: durante los viajes hay errores muy bellos. Este, por ejemplo, me permite presenciar la fuerza del lago, admirarlo y temerle al mismo tiempo, me regala el lujo de asombrarme antes de por fin dejarme pisar "tierra firme" en el Laguna Lodge donde, en mi caso, la frase de bienvenida no es un "hola", sino una pregunta: ay, señorita, ¿y por qué no le dijo al lanchero que la dejara en nuestro muelle?

ÉXITO NO PLANEADO

El personal del resort parece, de pronto, estar dedicado por entero a reconfortarme: un agua fresca de melón y guayaba, una habitación impecable, una hamaca... me acercan todo lo que hay a su alcance para que recupere la energía. Lo hacen con una honestidad que se agradece. Y es que la gente guatemalteca es así, cálida, siempre dispuesta a ayudar. Eso fue uno de los factores que hicieron que Mayah y Jeffro Brandon —originarios de Australia y Nueva Zelanda, respectivamente— se quedaran en Santa Cruz hará unos 15 años. "Amamos a esta tierra y a su gente", me dice Mayah. "Iniciamos este proyecto hace 12 años, cuando Guatemala no era un país conocido como un gran destino y cuando el eco turismo tampoco era tan popular como lo es ahora. ¡Cuando Jeffro y yo construimos el lodge ni siquiera teníamos un plan de negocios! La única idea que teníamos era la de crear un lugar desde donde se pudieran apreciar la belleza natural del lago de Atitlán y la de los mayas al mismo tiempo que ayudábamos a protegerlos y a colaborar con el desarrollo de ambos. Con el tiempo, y con ayuda de internet y de la exposición de los medios, Laguna Lodge probó ser un proyecto exitoso".

Y vaya que lo es. El resort —que destaca por su reserva natural y sus prácticas sustentables— se ha convertido en un importante atractivo para los viajeros de lujo en Atitlán, lo que también ha inspirado la creación de más hoteles en los alrededores. "Estamos de acuerdo en que Latinoamérica —y Guatemala en particular— está recibiendo más atención y teniendo un incremento progresivo de turismo. Los rusos y los chinos llegan cada vez con más frecuencia y cada vez hay más hoteles boutique de lujo ofreciendo servicios y

— Arriba: Vista desde el hotel Casa Palopo. Abajo: Servicio de masaje en una de las suites de Laguna Lodge.

LATINOAMÉRICA –Y GUATEMALA EN PARTICULAR– ESTÁ RECIBIENDO MÁS ATENCIÓN Y TENIENDO UN INCREMENTO PROGRESIVO DE TURISMO. LOS RUSOS Y LOS CHINOS LLEGAN CADA VEZ CON MÁS FRECUENCIA Y CADA VEZ HAY MÁS HOTELES BOUTIQUE DE LUJO.

— En el sentido del reloj: 1. y 2. Exterior e interior de las suites del Hotel Villas Balam ya. 3. Vista del lago desde el muelle del Laguna Lodge.

tours exclusivos", me comenta Mayah. Aunque pocos como el suyo: hacen colección pluvial y convierten el agua de lluvia en potable, los residuos —el agua "gris"— sirve para mantener los jardines, donde hay cafetales y árboles frutales que crecen sin uso de químicos para formar parte del menú vegetariano y orgánico del restaurante. La luz proviene de energía solar, aunque al igual que la ventilación, más bien depende de lo que los elementos naturales provean. Eso en temas de ecología; en temas sociales, emplean a indígenas de Santa Cruz, lo que asegura que todo el staff vive cerca del hotel, por lo que no necesitan gastar en transporte (ni contaminar con su uso). Todos ellos tienen oportunidades de crecimiento laboral, ya que Mayah y Jeffro ofrecen empleos de largo plazo y, como si eso fuera poco, de manera paralela al hotel, desarrollaron programas filantrópicos: hay dos relacionados con la salud social, uno en conjunto con la organización Obras Sociales del Hermano Pedro (con base en Antigua Guatemala) que ayuda a administrar tratamiento a los indígenas con problemas visuales y otro dedicado a resolver enfermedades dentales; en cuanto al ambiente, además de la reserva, participan en la limpieza del lago —que lamentablemente se encuentra en peligro debido a una plaga difícil de erradicar— y reducen la huella de carbono que provocan, reforestando. Pocas veces, cuando un hotel presume de sustentable, tiene un proyecto tan comprometido y consistente como el de Laguna Lodge.

LOS ESPÍRITUS DEL LAGO

El resort tiene, entre sus servicios, una bote privado que lleva a los huéspedes a Panajachel. Es cómodo, pero jamás tan divertido como las lanchas públicas que funcionan como el transporte cotidiano de los habitantes de las orillas de Atitlán. Por unos cinco quetzales (más o menos diez pesos mexicanos), se puede hacer el mismo recorrido al modo de los locales, esto es, llamando la atención del capitán de la lancha levantando los brazos y silbando cual náufrago desde el muelle para poder abordar.

Una vez en la lancha, el destino dependerá del espíritu que se persiga: Santa Cruz, como se ha notado, es una localidad apacible, así que si se busca algo más de ambiente habrá que pasar el día en San Pedro o en Panajachel. El primero es un pueblo que se caracteriza por su vida nocturna, siempre animada en los pequeños bares que, discretos durante el día, parecen estar por doquier una vez que se oculta el sol. El segundo es un paraíso de la artesanía: todos los días, en la avenida Santander —que es peatonal— abren decenas de locales dedicados a vender textiles, marroquinería y la especialidad de la casa: los accesorios de jade y chaquira. Los materiales podrían ser técnicamente incomparables, pero aquí se equiparan gracias a la creatividad. Mientras en las piezas de jade todo el valor recae cómodamente en la piedra, los artesanos que no tienen acceso a una materia prima tan cara —y cada vez más escasa—, recurrieron al diseño: las pequeñas bolitas de chaquira de colores toman cualquier forma: la de una cartera, la de un bolso, la de anillos, llaveros, aretes y collares que han abandonado las formas simples para convertirse en tejidos complejos que entraman flores de colores o que sorprenden con patrones en tonalidades sobrias y bien equilibradas que les dan carácter de joya.

Es importante decir que la gastronomía no es algo destacado. Área de oportunidad para la industria turística guatemalteca, aún no ofrece experiencias relevantes, pero sí memorables de tan ricas y tan sencillas: el Patín, por ejemplo, que puede encontrarse en los mercados a la redonda, es un platillo tz'utujil hecho con pescaditos de río dorados en aceite sobre un comal (con unas gotitas de limón) y un recadito de tomate, chile seco y miltomate —como se conoce en Guatemala al tomate verde— . El plato se presenta envuelto en el verdor de la hoja de maxán, que en la región se usa con frecuencia para envolver tamales, y aunque puede hacerse con otras carnes —hay quienes lo prefieren con camarón, cecina o pollo— no hay nada como el original hecho con pescaditos, que se considera un alimento democrático, básico en las mesas tanto de los campesinos como de los altos funcionarios de la localidad.

RECUPERANDO EL PLACER DE CONTEMPLAR

Cuando ya se han comprado artesanías, comido los platos típicos, bebido en los bares y en los cafés, entonces no queda nada más que contemplar, actividad asignada siempre a los reyes, a los monjes y a los magos, de la que los viajeros nos hemos apropiado en aras de hallar el lujo auténtico, el que toca nuestros sentidos sin intención, con naturalidad.

Nada como dedicarse a ello con vista al lago de Atitlán, que al atardecer deja su azul maravilloso para tornarse rojo intenso. Como si se hubiera teñido de sangre, el agua luce un tono carmesí a juego con el cielo y con las nubes rosadas que anuncian la oscuridad que está por llegar... porque aquí la noche es de un negro que la gente de las grandes ciudades ya no recuerda, y está llena de estrellas...

Observar, escuchar, apropiarse del paisaje, eso es lo que hay que hacer en este lugar en el que después del camino, antes de una nueva partida y ante el poder de la naturaleza, vale recordar las palabras que el poeta Fernando Pessoa registró en su *Libro del desasosiego*: "La vida es lo que hacemos de ella. Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos". Y somos agua, somos viento.

— Anochecer en el lago desde la suite Quetzal del Laguna Lodge. Foto: Mónica Isabel Pérez

PATRICE attitude
ATRÉVETE A CONSENTIRTE
TE ESPERAMOS EN NUESTROS SALONES
PATRICE COIFFURE.
/PATRICEMEXICO
/PATRICECOIFFUREMEXICO
SALUD ES BELLEZA.